

ANDRÉS AVELINO CÁCERES PREDESTINADO PARA LA GLORIA

Escribe: Zoila Aurora Cáceres*

Desde época ancestral, el apellido Cáceres, oriundo de Extremadura, se destaca siempre por su linaje de guerreros. De aquella región vino al Perú el abuelo del general Cáceres, don Domingo Cáceres, unido por el vínculo de matrimonio con la nobilísima familia, descendiente de los encomenderos reales, don Antonio de Oré y doña Luisa Díaz de Rojas, feudatarios de Huamanga, “*nobles en sangre y claros en virtudes*”, conforme los designa la iglesia católica. Por el lado materno, es descendiente directo de la princesa india Catalina Huanca, último vástago de la estirpe guerrera de los Incas, quienes llegaron a dominar a toda la América del Sur; su misma madre, doña Justa Dorregaray y Cuevas, fue hija del coronel español don Demetrio Dorregaray.

POR AMOR A LA JUSTICIA Y A LA LIBERTAD

Así, se puede decir que su espíritu guerrero se formó desde la cuna. Sus múltiples biógrafos han descrito su ingreso al ejército: era un niño que estaba estudiando en el Liceo de Ayacucho; le esperaba la rica herencia que dejara su padre y, en el hogar, el amor de viejas tías, que le miraban como al último vástago de los Cáceres de Ayacucho. Pasa por esta ciudad la hueste revolucionaria del gran mariscal don Ramón Castilla, que abolió el tributo del indígena y la esclavitud (enero de 1854), y el joven estudiante, cuando sólo contaba 17 años, al oír el toque de los clarines, siente que las armas le llaman, y con ardor bélico incontenible, abandona todo, huye, se esconde de la familia e ingresa en el ejército con la clase de caballero-cadete. El amor a la justicia y a la libertad le llamó a las armas desde la niñez y esta voz de honra y de gloria repercutió siempre en su larga vida militar.

En el memorable combate de Bellavista, que tuvo lugar en Arequipa el año 1854, el ejército del gran mariscal Castilla se encontraba ya casi triunfante.

Había logrado apoderarse de toda la ciudad, menos de la torre del convento de Santa Rosa, la que se resistía de tal modo que creyeron imposible dominarla, a pesar del reñido y cruento combate que duraba largas horas. El que se aproximaba al campanario caía por tierra; los jefes principiaban a desesperar, apartados de la torre por las balas enemigas, cuando el joven teniente Cáceres ofreció a su jefe tomarla por asalto. Para el caso contaba con su compañía, formada por soldados cuyo cariño había sabido conquistar de tal modo que al pedirles que no le abandonasen en esta empresa, sin titubear un instante pagaron con la vida el arrojo del teniente, pues al apoderarse de ella pocos quedaron vivos. Cuando el triunfo fue definitivo, dice el general Cáceres, *“tuvieron que darme el mando de otra compañía, ya que la que combatió conmigo había desaparecido”*.

SALVADO POR LAS VÍRGENES BENDITAS

El teniente Cáceres llegó a dominar la torre y de lo alto cayó mortalmente herido dentro del claustro de Santa Rosa, sobre un montón de cadáveres que yacían en el suelo. Cuando volvió en sí, divisó a la comunidad que desfilaba en profundo silencio; llamó por su nombre a la sobrina de la abadesa, María Nieto, hermana del coronel Nieto, su amigo, quien también había tomado parte en este combate a favor de Castilla, la que no tardó en atenderlo, en compañía de las religiosas; y las manos de las vírgenes benditas vendaron y dieron de beber al sediento herido.

Fue tal vez la gracia divina, obtenida por las plegarias monjiles, la que contribuyó a la curación. La bala había penetrado por el lagrimal del ojo izquierdo, saliendo por la oreja del mismo lado, atravesándole interiormente parte de la cabeza, sin malograrle ningún órgano. Sólo le quedó de esta herida una cicatriz sobre el lagrimal, por lo que sus enemigos políticos dieron en llamar al general Cáceres *“El Tuerto”*.

DE TARAPACÁ A LA BREÑA

Desde que se inicia la guerra con Chile, Cáceres aparece entre los primeros militares que le salieron al encuentro, sufriendo las adversidades que les deparó la suerte. Continuó siempre cumpliendo con el deber profesional que le obligaba a la obediencia de la alta dirección del ejército, hasta que se realizó la célebre jornada de Tarapacá.

En la retirada del ejército peruano por el desierto de Tarapacá, cayoles el enemigo sorpresivamente (en San Francisco), causando tal desorden en las filas, que emprendieron la retirada en completa desorganización, al extremo que los chilenos hubiesen podido acabar con ellos.

Viendo el coronel Cáceres que no le impartían órdenes, tomó la iniciativa y contando con su bien disciplinado batallón, al que siguieron otros, avanzó sobre el enemigo, mientras que el resto del ejército continuaba la retirada. Trocóse la sorpresa, y en este caso los sorprendidos fueron los chilenos, quienes, a su vez, huyeron en completa derrota, lográndose así que se salvase el ejército peruano y obteniéndose el único triunfo que tuvimos durante toda la guerra hasta que tomaron la capital.

La gran campaña de resistencia, que se proponía realizar el general Cáceres, por arriesgada que fuese tenía la garantía de la pericia militar de dicho jefe, probada con el éxito del triunfo. ¿Por qué, pues, se abandonó a ese pequeño ejército del Centro a su propia suerte? ¿Por qué no lo auxilió el dictador (Piérola) con las armas que el Perú tenía en el Sur y Norte, sin hacer uso de ellas? ¿Por qué no se atendió a la noble defensa del suelo peruano con el armamento que con tal fin tenía el Perú? Estas preguntas se hará siempre el historiador y las repetirá la posteridad.

**"La Campaña de La Breña. Tomo I: Año 1881", pp. 269-271.*

(OJO: en recuadro se agrega la siguiente nota)

Una anécdota del Mariscal*

¡YO FRAILE, MADRE!

*“Esta herida –dice el mariscal llevándose la diestra al rostro- la recibí durante la toma de Arequipa en 1856. Ahí me tocó, como simple teniente, con mando de compañía, una actuación distinguida. El mariscal Castilla, que había acampado en las afueras de la ciudad, me ordenó que sigilosamente avanzara con mi compañía y me apoderara de la primera trinchera enemiga. Sin vacilar, ejecuté esta orden y sorprendiendo a los ocupantes logré tomar posesión de la trinchera, regresando a dar parte al mariscal de mi cometido. Entonces Castilla me mandó: **“Siga usted avanzando sobre la ciudad, tomando las alturas hasta los conventos de San Pedro y Santa Rosa”**. Y, aunque pensaba yo que era una crueldad del mariscal enviarme así al sacrificio, no titubeé, y deslizándome sobre los techos fui avanzando de cerca al peligro hasta el primero de los conventos citados. NO sé cómo logré saltar los innumerables obstáculos que encontré al paso y de repente me hallé dentro de la primera bóveda del convento de Santa Rosa. Por el camino había perdido a muchos de mis soldados, muertos por las descargas cerradas de los vivanquistas. Pero los dos cuerpos que formaban la primera división de Castilla, el **Ayacucho** y el **Punyán**, habían desembocado por dos calles paralelas al convento y así cayeron sobre él, obligando a los ocupantes de la torre a abandonarla.*

*“Yo subí, con los míos, hasta la torre y ahí tuve que soportar el fuego que se me hacía desde la torre fronteriza de Santa Marta. Mientras tanto, sin que yo me hubiera dado cuenta de ello, Castilla había penetrado al convento por otro lado y se encontraba alojado en la parte baja. El coronel Beingolea, después general, subió a la torre, creyéndola vacía, y se dio la mano a boca conmigo y mis soldados. Calcule usted la sorpresa de ambos. **“Acabamos de tomar el convento”**, me dijo. **“Mi coronel: ya lo había tomado yo”**, le contesté. Y le conté cómo había llegado hasta la torre. Me abrazó y me anunció que haría*

conocer a Castilla mi comportamiento. **“Está ahí abajo –agregó- con todo el ejército”**. Y se fue.

Yo continué haciendo frente a los de Santa Marta, y estaba mostrando a mis soldados el blanco hacia el que debían disparar cuando un balazo me derribó cegándome. Me recogieron mis soldados y envolviéndome en una manta me bajaron al refectorio del convento, en donde el sargento Delgado y el cabo Camacho me atendieron. Estuve largo rato privado del conocimiento. Cuando lo recobré hallé a mi lado al capitán Norris, uno de mis mejores compañeros, que me preguntó qué deseaba. **“Un poco de agua, me muero de sed”**, le contesté. A poco regresó Norris con un plato de mermelada y una garrafa de agua. **“El dulce no me es necesario, ni podría ingerirlo –le dije-, tengo las mandíbulas apretadas, apenas una pequeña ranura dejará pasar el agua”**. Bebí, desesperado, parte del contenido de la garrafa y el resto hice que me lo vaciaran en la cara, para lavarme la herida. Estaba monstruoso, con la cara hinchada. El médico dijo a mis compañeros que la herida era mortal. Pero el cirujano doctor Padilla me dio esperanzas.

“Me trasladaron a casa de una señora Bermúdez, porque el tifus se desarrolló entre los heridos en el convento. Ahí me curó el doctor Padilla después de no pocos esfuerzos, extrayéndome la bala. Recuerdo que las madres del convento que me habían tomado afecto, me enviaban allá, a pesar de las protestas de la señora Bermúdez, la dieta. ¡Qué tortas! ¡Qué dulces! ¡Le aseguro que no los he vuelto a tomar más deliciosos en mi vida! Y aquí viene lo curioso. Una vez convaleciente iba con frecuencia a almorzar al convento y la madre superiora, muy seria, me habló un día de esta suerte:

“Teniente, usted ha renacido en este convento, ¿verdad?”.

“Sin disputa, reverenda madre -le contesté-, aquí me recogieron casi muerto y aquí me comenzaron a curar; y durante mi convalecencia, a usted debo cuidados especiales que no sabré cómo agradecer”.

“¿Y por qué no deja usted la carrera militar y se hace usted fraile?”.

“Casi me caigo de espaldas de la impresión que me hizo esta sorpresiva propuesta de la buena religiosa. Tuve que contener la risa.

“¡Yo fraile, madre! No soy digno de vestir los hábitos”.

“Pero lo haríamos capellán de este convento y ya vería usted lo bien que lo iba usted a pasar aquí...”.

“Hube de apelar a todos mis recursos oratorios para hacer desistir a la madre de semejante idea. La pobre sufrió un desencanto: ya me veía con la cabeza rapada y envuelto por el capuchón y la sotana...”.

****Declaraciones de Cáceres al diario “La Crónica”, Lima, 1915.***